

LA TOTALIDAD DE LA VIDA COMIENZA CON LA EUCARISTÍA

El último Concilio Ecuménico de la Iglesia, lo cual es la convocatoria más significativa que la Iglesia de Cristo en la tierra puede convocar, fue el Vaticano II (1962-1965). En este acto inspirado de la Iglesia, los Padres del Concilio escribieron: *“Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella.”* (Lumen Gentium, #11) A través de esta ofrenda de uno mismo a Dios y Dios a Dios, nosotros le ofrecemos la verdadera adoración al Dios vivo. Cualquier otro acto o intento de adorar no se acerca en comparación al ofrecimiento de la Eucaristía. De hecho, simplemente no puede ser comparado porque no hay nada con que comparar el regalo que el hombre recibió de Dios de poder adorarlo.

Nosotros fuimos diseñados y creados por Dios. Las Escrituras nos enseñan: *“Tú formaste mis entrañas, me tejiste en el vientre de mi madre.”* (Salmo 139:13) Dios nos hizo para que fuéramos uno con Él, Él nos ha preparado un lugar para nosotros existir con Él para siempre. Jesús les dijo a sus discípulos: *“Una vez que me haya ido y les haya preparado el lugar, regresaré y los llevaré conmigo, para que puedan estar donde voy a estar yo.”* (Juan 14:3) La invitación para estar con Dios para siempre, el tener comunión eterna con Él es realizada en la comunión de la Eucaristía. Escuchen las Palabras de Dios en Cafarnaún. *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él.”* (Juan 6:54-56) La vida eterna comienza aquí y ahora, en la esencia de nuestro ser, en nuestros corazones, al darle la bienvenida y morada a la Santísima Trinidad y entrar en comunión con Cristo.

No es de asombrarse que el gran Padre de la Iglesia, St. Irenaeus, Obispo de Lyon, Francia y co-patrón de la Arquidiócesis de Mobile, enseñó que *“El hombre vivo a plenitud es la gloria de Dios”* Todos los hombres y mujeres obtienen sus vidas de Dios. Dios es la fuente de toda la vida y nosotros tenemos vida, en la medida en que extraemos vida de Su fuente. Entonces, mientras más completamente, mas perfectamente, más íntimamente nosotros participamos en la vida de Dios, más lo vamos a encontrar a Él, más lo vamos a ver y vamos a sentirnos más vivos. No hay otra forma de encontrarse con Dios más íntimamente, más perfectamente y entrar en una comunión e unión con Él que cuando participamos en la Misa. El hombre vivo de verdad que es la Gloria de Dios en la tierra, es el que esta viviendo, recibiendo, creyendo y adorando al Señor Eucarístico. La totalidad de la vida comienza y termina en la Eucaristía. Siendo un ser Eucarístico es encontrarse constantemente con el Dios vivo y ofrecerle a Él toda la vida. En esta presencia nosotros somos formados por Su luz, Su amor, Su ser creativo por el cual tenemos nuestro origen. Sr. Briege McKenna usa la analogía de cuando tomamos sol para explicar cómo cuando estamos en la presencia de Dios provoca un efecto definitivo en nuestras vidas. Al igual que nuestra piel no puede dejar de ser afectada por los rayos del sol cuando el cuerpo está expuesto al sol, entonces también es imposible estar frente al Señor Eucarístico, Jesús, el Hijo de Dios, sin ser afectado por Su presencia Eucarística. Es siempre una decisión que nosotros tomamos de estar presente ante Dios. Sí, Él nos atrae al Él mismo, pero nosotros aun así decimos venir. Nosotros venimos con nuestras mentes, nuestros corazones, y nuestras vidas ante Él en la Eucaristía. ¡Mientras más participamos llenamente y ofrecemos nuestra vida en la Eucaristía a Dios, nuestras vidas se convierten más plenas!

Nada nos bendice a nosotros mas perfectamente que cuando le ofrecemos todo a Dios y le permitimos a Dios unir nuestras vidas. Nosotros podemos constantemente sumergir nuestras vidas en la Eucaristía. No hay una experiencia más perfecta o mayor de la Eucaristía que la participación en la Misa del Domingo. Toda la vida fluye de la ofrenda de la Eucaristía en cada domingo. En efecto, cada domingo es una continuación de los misterios Pascuales que nos estamos preparando para celebrar durante la época de la Cuaresma. Sin embargo, no estamos limitados a ser seres Eucarísticos solamente los domingos. Nosotros podemos ofrecer nuestras vidas diarias en la Misa Diaria. Desde la aurora hasta el atardecer un sacrificio puro de alabanza es ofrecido a Dios en los altares de la Iglesia a través del mundo. ¡Nosotros estamos invitamos a celebrar la Eucaristía cada día! Por consiguiente, nosotros podemos sumergir nuestras vidas y las vidas de los que nos rodean y el mundo entero a través de la oración de la Iglesia, la Liturgia de las horas. Cada vez que oramos la oración de la Iglesia, nosotros entramos en el flujo eterno de la Eucaristía que se origina del costado abierto de Jesucristo en la Cruz y ruge a través del mundo como el Divino Espíritu Santo. Aun más, poniendo nuestros corazones y mente en la presencia de la Eucaristía del Señor, nosotros podemos sumergir cualquier persona y cualquier situación en el Rio de Agua que Da Vida mediante un acto formal de fé, en la medida en que somos fieles a nuestra obligaciones de sumergir nuestra vidas en el acto de alabanza que es la Misa.

No hay límite de por quién podemos rezar o de cuantas personas podemos sumergir en las aguas de la Eucaristía. No hay fin para todo lo que se puede y se debe sumergir en la vida Eucarística de Dios. ¡La totalidad de la vida debe ser recapitulada en Cristo, y esto solo ocurre a través de la adoración Eucarística! Todos somos llamados a ser seres Eucarísticos. Mientras más nos demos cuenta de esta verdad, más llenos de vida vamos a estar y la Gloria de Dios va a brillar en nuestro mundo más grande y el Nuevo Jerusalén va a llegar de Dios para siempre.

Yo te exhorto, buena gente de Dios y feligreses de St. Bede que ofrezcan sus vidas como sacrificios espirituales a Dios en la Misa, sumerjan todo en el Rio de Vida que es la Santa Eucaristía. Su vida nunca volverá a ser la misma.

. Padre Alejandro E. Valladares, Párroco de St. Bede

